

DELETREANDO LA VIOLENCIA*

CARMEN LUCÍA DÍAZ

Psicoanalista

Prof. Universidad Nacional de Colombia - Bogotá

clucia00@latinmail.com

ÉPELANT LA VIOLENCE

On part de la lettre en tant que trace fixée au corps d'un sujet ou fixée au corps social, effet de la rencontre avec un acte ou un signifiant qui devient celui de l'Autre; trace notable et parfois explicite et évidente, pourtant profondément inconsciente de sa trame. Épeler la violence mène à la reconnaissance attentive de ces traits taillés par les actions destructrices du désir mortifère envers l'autre. L'article cherche à percer les lettres de la violence dans ses dimensions symboliques et imaginaires; situe la place de l'Autre dont la transcendance fait viable la société, faisant passer la parole avant la mort, même si cette parole participe de la mort. De même, on cherche à identifier ici les lettres qui écrivent quotidiennement la violence en Colombie; celles qui se sont écrites au fracas de guerre afin de taire les mots, de faucher les vies. Ce sont des actes de violence qui scellent de son trait le pouvoir des uns sur les autres, écrivant ainsi l'histoire de la Colombie de ce sort tragique et accablant.

SPELLING VIOLENCE

Our point of departure is the letter as a trace left on the body of a subject or of a social body, produced by the encounter with an act or a signifier that becomes that of the Other. An undeniable trace and, on occasion, explicit and evident, but that nevertheless possesses a deep unconscious structure. To spell violence means to thoroughly examine these marks carved by the annihilative acts of lethal desire towards one's fellow man. This text attempts to decipher the letters of violence in their imaginary and symbolic dimensions, to locate the place of the Other, which in its transcendence makes a society viable, giving verbal agreement precedence over death, even though it also participates of death. We also attempt to identify the letters that daily write the violence in our country, those that have been traced in the clamor of battle to silence speech, to cut short life. Acts of violence that stamp the seals of the power of some over others, leaving a written record of the history of Colombia and its tragic and unbearable fate.

* Texto presentado en «Lo escrito, escrito está: Jornadas sobre escritura, letra e inconsciente». Universidad Nacional de Colombia, noviembre 5 y 6 de 1999.

“¿Soñáis días de paz?
¡Sueñe quien pueda soñar!
¡Guerra! es el santo y seña.
¡Victoria! Diga el eco.”

Fausto
J.W. Goethe

Las letras, la violencia, el inconsciente

El devenir de un pueblo se escribe día a día y muchos son los modos de su escritura; ésta no queda limitada a textos formalmente elaborados pues los actos de los sujetos implicados, actos logrados y fallidos y sus efectos, también van dando forma a la escritura.

Lo escrito siempre habla, se impone, y en ocasiones de tal modo que su contundencia acorta los caminos de su lectura. La fuerza del acto le imprime cierta evidencia; empero, lo evidente es generalmente tan complejo que exige deletrearse, es decir, ser tomado a la letra y a la vez letra por letra, para lograr aprehender lo que allí acaece, lo que se muestra para ser leído. Sólo así se podrá capturar algo de eso que las letras arrastran y convierten en enunciados.

Deletrear es leer despacio, separando las letras, las sílabas o las palabras. Se deletrea cuando se desea advertir de manera más nítida las letras que conforman un texto y también cuando alguien inicia su recorrido en el mundo fascinante creado por la lectura. Tal vez las dos situaciones tienen que ver conmigo, primero porque deseo reconocer y situar algunas letras de la violencia, algunas coordenadas que marcan su escritura, y segundo porque ha sido relativamente reciente mi incursión en la violencia¹. Y ahora que pronuncio esta frase surgen de ella múltiples sentidos e imágenes. ¿No haber sido afectada por la violencia sino hasta hace poco? ¿Decidir ser protagonista de la violencia? ¿Uno más de sus actores? Quizás más acepciones puedan discernirse.

Como mujer y más genéricamente como ser humano, en tanto la violencia está presente en ese encuentro con los otros, con el mundo, he sido sensible a ella. Pero ante todo, como colombiana, como integrante de un país que se deshace por los actos mortíferos de sus habitantes, de un país en el que la violencia no da tregua y el

1. Desde 1995 he orientado mi interés investigativo hacia el lazo social y particularmente el lazo social del colombiano. Esta inquietud se ha plasmado en la investigación “Guerrilla, reinserción y lazo social ... o más allá de la violencia” realizada con María Clemencia Castro, también psicoanalista y docente de la Universidad Nacional de Colombia. El libro *Guerrilla, reinserción y lazo social* (Santafé de Bogotá, Almudena Editores, 1997) da cuenta de una parte de esa investigación. Actualmente me ocupo del análisis de la violencia; al respecto ha surgido un texto anterior a éste: “En torno al síntoma y al padre. ¿La violencia colombiana, síntoma social?” (en *Post-data No. 6*, Santafé de Bogotá, Aldabón, 1999).

horror del crimen amedrenta y paraliza, es imposible, aunque así lo quisiera, no dejarme arrollar por ella.

Colombia me ha dolido y es seguramente en este punto en el que he pretendido, desde hace un tiempo, avanzarle unos pasos más al lamento mismo, iniciar el estudio de sus textos, buscando con ello contribuir a los fecundos análisis que desde otras perspectivas se han realizado. Esto a partir de la convicción que cimienta el oficio del psicoanalista de que la palabra ordena y organiza lo confuso, permitiendo a la vez, según sea ésta, detener o reventar aquello que en el síntoma retorna y que de no limitarse continuará expandiéndose. Son entonces éstas unas pocas palabras, algunas letras. Será necesario, lo sabemos, poner palabras desde muchos lugares, palabras que permitan contribuir al examen de la violencia y con él, a la restauración de la historia para hacerla propia, para reubicarnos en ella y así adentrarnos como pueblo en el porvenir, de una manera más digna y más viable.

Al emprender esta tarea me remito a los textos sobre la violencia, a *sus* historias y a sus crónicas, pero también a los actos que la escriben porque éstos toman el lugar de letra cuando marcan, cuando fijan su huella en la memoria, cuando asumen un carácter de representación y se constituyen en hitos que como puntos de referencia señalan un “antes” o un “después” en las historias vividas. Al buscar su relación con el inconsciente, ya de entrada éste logra hacerse presente. La letra está vinculada con el inconsciente no sólo porque él “no deja ninguna de nuestras acciones fuera de su campo”², sino porque éste existe gracias al lenguaje, siendo la letra su soporte material, su sostén real. El inconsciente se rige en su constitución y en su dinámica por las leyes del lenguaje y, en tanto lenguaje cifrado, pueden los actos, las imágenes, los síntomas, hacer parte de sus letras. El inconsciente es memoria hecha acto y los actos, las palabras, han fabricado la memoria y han escrito las memorias.

Las huellas producidas en el cuerpo pulsional de un sujeto o en el cuerpo social de conglomerados humanos pueden no aparecer de manera visible en la superficie³, pero están ahí produciendo imágenes, palabras, textos hablados o literalmente escritos que van tejiendo el entramado de las historias subjetivas y comunitarias, trazando su discurrir histórico. Esas letras, como actos o imágenes, como palabras o textos, de nuevo marcan y su fuerza de instauración irrevocable estará articulada al goce producido en el cuerpo, con su cuota de sufrimiento y también de satisfacción.

Lo escrito afecta a quien lo lee y por supuesto a quien realiza el escrito; puede atrapar y seducir pero también causar repulsa. Libera o condena, puede producir identificaciones y a la vez exponer verdades que no se quisieran saber o se desearían

2. Jacques Lacan, “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, en *Escritos 1*, México, Siglo XXI Editores, 1984, pág. 494.
3. El inconsciente almacena las huellas dejadas por lo vivido y percibido; es un campo signifiante que interviene haciendo conexiones con significantes actuales. Freud compara el mecanismo de este sistema con la pizarra o tablero mágico en donde lo escrito desaparece de la superficie al levantar el celuloide externo pero todas las huellas de lo escrito en diferentes momentos quedan grabadas en la tablilla interna. Ver Sigmund Freud, “Nota sobre la pizarra mágica”, en *Obras Completas*, Tomo 19, Buenos Aires, Editorial Amorrortu, 1976. En adelante se citará *O.C.*

negar. Y en su fijeza lo escrito causa, conlleva acción y afección, se hace veredicto; se firman libertades o condenas, se declaran guerras, se sellan armisticios o tratados de paz; es decir, causa destinos.

A veces se le reclama al otro por lo escrito, pero “lo escrito, escrito está”⁴, dijo Pilatos cuando los sacerdotes judíos le reprocharon haber colocado la inscripción “Jesús Nazareno Rey de los Judíos” sobre su cruz, título que señalaba el reconocimiento de aquel gobernante a Jesús, pero a la vez implicaba su condena y su muerte, porque era justamente por eso, por haberse proclamado “Rey de los Judíos”, que debía borrarse su existencia. Allí se atisbó el peligro, pues un rey destrona a otro rey y se prefirió no correr el riesgo. Fue necesario aniquilarlo, quitarle la vida antes de que su poder pudiera imperar.

¿Coincidencia, azar o inconsciente en la presencia de este título en torno al tema de la violencia? Tal vez en la formulación de la pregunta hay redundancia, porque el inconsciente es repetición y por lo tanto coincidencia; el azar hace también presencia en su constitución.

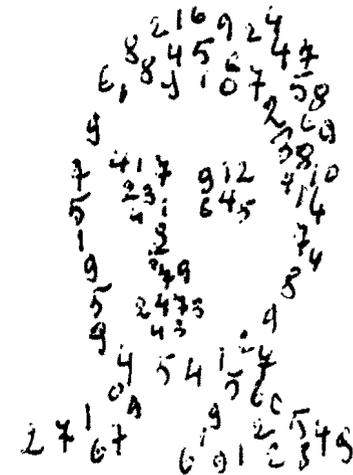
Celebro que el título de estas jornadas sea tan cercano a la temática que he querido presentar a ustedes: la violencia. “Lo escrito, escrito está” son palabras proferidas ante una inscripción que acarrea un carácter ambivalente: de reconocimiento y de muerte, de afirmación y de exclusión o aniquilamiento. Es con esto que nos encontramos al intentar descifrar la violencia, particularmente en la dinámica narcisista implicada en sus hechos, con la dosis de reconocimiento, de agresividad y de pulsión de muerte que los actos violentos conllevan.

El carácter sagrado de lo trascendente

Tampoco puedo dejar pasar desapercibido que la afirmación “Lo escrito, escrito está” se encuentre así, explícitamente, en las Sagradas Escrituras, permitiéndome ello recordar el carácter sagrado de la escritura. En diversos textos literarios, antropológicos, religiosos, psicoanalíticos, entre otros, se insiste en esta dimensión sagrada.

En el *Diccionario de los símbolos*, por ejemplo, encontramos que en todas las culturas la letra y la escritura han nacido para representar la voz de la divinidad, la voz de esos padres o madres primigenios y omnipotentes a los cuales el ser humano cree deber su vida y también su muerte⁵. Las letras son los signos que intentan atrapar la voz de los dioses; se organizan en textos escritos para que así puedan ordenar la vida de los hombres, sus relaciones, sus ritos y sus sacrificios. Esas escrituras que

4. *Sagrada Biblia*, Jn, 19: 29, Madrid, Biblioteca de autores cristianos, 1965.



La lógica matemática
René Magritte

5. J. Chevalier y A. Gheerbrant, *Diccionario de los símbolos*, Barcelona, Herder, 1986. En el alfabeto hebraico las letras poseen una fuerza creadora emanada de los dioses. Las vocales representarían el alma de la vida (al dios) y las consonantes al cuerpo del hombre (a la tribu), señalando con esto la comunicación y unidad entre lo divino y lo humano a través de la escritura. En diversos alfabetos la primera letra, A, representa la potencia originaria, el Uno en el orden de la vida; así, las palabras que inician con ella indican esa preeminencia: Alif - Alldh (Dios) - Adán (primer hombre) - Aleph (corona suprema), etc.

en tanto ley se convierten en sagradas, imponen las órdenes y el orden; fundan unas formas de relación a través de los mandatos y las prohibiciones, buscando instaurar el orden humano, precario y desamparado del orden instintivo. Esta regulación exige erigirse desde el Otro, desde el exterior y como tal constituye el orden cultural. “La cultura”, nos dice Freud, “es la suma de operaciones y normas que distancian nuestra vida de la de nuestros antepasados animales, y que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres”⁶.

La Cultura y la Escritura poseen orígenes y vínculos comunes: nacen de un acto de violencia, de un asesinato fundante de la Ley y todas ellas (cultura, escritura y violencia) detentan un carácter sacro.

En sus orígenes míticos, el orden cultural emerge cuando los hijos se unen para dar muerte al padre y apropiarse de su goce, de su poder y de sus bienes, sus mujeres. En ese acto homicida se identifican con la Ley promulgada por el padre⁷, dejándole su poder a la Ley y renunciando a las mujeres. Se instaura entonces la Ley con fuerza ordenadora. Ella introduce la prohibición del incesto y también la del homicidio, puesto que a la vez ese crimen genera culpa. No sólo el mito señalado por Freud sugiere un acto violento en los orígenes de la Cultura y de la Ley; en la mayoría de los mitos referentes al tema, está presente la muerte de quien domina, del único poblador, de los sapientes seres originarios. Esa muerte se hace necesaria para dar lugar al surgimiento de las comunidades humanas y para imponer el orden⁸; es representada como caída, golpe, separación, pérdida de poderes y de saber, como ser derrocado o destronado, ser raptado o desaparecido, etc.

En cuanto a la escritura, es posible reconocer el vínculo con un acto violento y mortífero desde varios lugares. La letra como símbolo atenúa la vitalidad del objeto, lo real de éste. La palabra “es la muerte de la cosa”, referencia que encontramos en diferentes textos, y que de manera más categórica podríamos decir de la escritura, en cuanto la letra fija, coagula lo que representa. En algunas culturas como la Celta, y en general en aquellas vinculadas con el alfabeto Ogámico, la escritura sólo podía ser usada para la inscripción de lápidas y de sucesos mortuorios, fijando el nombre del muerto a la sepultura para evitar que aquél pudiera mezclarse con los vivos⁹.

Sin embargo creo necesario aclarar que en su nexo con la muerte, tanto la palabra como la escritura se adhieren a la vida con su poder creador de nuevas realidades y de ficciones. Y es que la ficción no es lo mismo que el engaño o lo ilusorio; “[...] toda verdad tiene una estructura de ficción. [...] Lo ficticio es en efecto, hablando

6. Sigmund Freud, “El malestar en la cultura”, 1930, en *O.C., op. cit.*, tomo 21.

7. Sigmund Freud, “Totem y tabú”, 1912, en *O. C., op. cit.*, tomo 13.

8. Entre los dioses griegos, Zeus destrona a su padre Cronos e instituye el orden.

9. J. Chevalier y A. Gheerbrant, *op. cit.*

estrictamente, lo que llamamos simbólico”¹⁰. Bien sabemos que la realidad psíquica, con lo simbólico como condición de existencia, está estructurada como ficción.

De otra parte, y concordando con el origen de la cultura y su relación con la divinidad, en el nacimiento de la escritura algo se mata en la figura omnipresente y poderosa del dios o del padre; el hombre recibe parte de su poder y la deidad se humaniza. En la escritura se mata al padre y se le reemplaza por un principio espiritual, nos dice Gérard Pommier¹¹. Es un asesinato que se produce de nuevo, para fundar y organizar otro orden. Así, insisto, la escritura mata y a la vez crea, gracias a la sustitución lograda.

Además de la violencia, hay otro punto en común que anuda a la cultura y a la escritura. Éste es la Ley. Ambas, cultura y escritura, están reguladas. No existe cultura sin Ley y la escritura trasmite la Ley; a través de ella se la comunica y se la enseña a los hombres. *Quod scripsi, scripsi*: lo escrito, escrito está¹², se emplea para indicar una resolución inquebrantable. Eso irrevocable se sitúa en el lugar de la Ley. Aquí de nuevo se atraviesa la violencia, porque toda Ley exige ser impuesta y para su operancia es necesario el rigor. De cierta manera podría decirse que la Ley se funda con violencia¹³.

En tanto la Ley es una metáfora del padre muerto al sustituir su presencia y su poder y, por qué no decirlo, su arbitrariedad, la viabilidad y potencia de la Ley dependen, además de la fuerza de instauración, de la creencia. Es decir, la eficacia de la Ley exige un acto de fe. Las sociedades deben creer en sus leyes, en que éstas operan regulando las relaciones entre sus pobladores. Y es posiblemente este punto lo que atenúa algo del aspecto mortífero de la violencia de la Ley. Saberla justa, es decir, establecida para todos, será la premisa necesaria para reconocerla como garante del orden, para aceptarla y de alguna manera amarla¹⁴. Esa relación de la Ley con la fe y con el protopadre muerto, la coloca también en el terreno de lo sacro.

Son entonces ya varios los elementos que se encadenan, situándose en el campo de lo sagrado: la Cultura, la Ley, la Escritura y la Violencia. Podríamos agregar uno más que como eje los atraviesa: el Lenguaje. Es decir, todos ellos son puntos nodales en la constitución humana y estructuran aquello llamado el *Otro*, escrito con O mayúscula, el gran Otro, porque en él se condensa eso fundamental de lo humano que desde la exterioridad se convierte en lo más íntimo del sujeto, al instituir y conformar su inconsciente. Eso extranjero avasalla al sujeto en su propia intimidad, haciendo posible su inscripción como ser subjetivo¹⁵.

Lo sagrado en el hombre no es solamente lo que tiene que ver con las deidades en abstracto sino, ante todo, aquello que hace posible la regulación entre los

10. Jacques Lacan, *El Seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1988, pág. 22.

11. Gérard Pommier, “Nacimiento y renacimiento de la Escritura”, en *En qué sentido el Psicoanálisis es revolucionario*, Santafé de Bogotá, Aldabón, 1997, pág. 152.

12. Ramón García-Pelayo y Gross, *Pequeño Diccionario Larousse*, Madrid, Ediciones Larousse, 1994, pág. XIV.

13. Etimológicamente violencia se deriva del latín *violentus*, derivado a la vez de *vis*, “fuerza”, “poder”. El poder está ligado, también en la etimología, a potencia, a posibilidad. La fuerza se asocia con fortaleza, con mandato y con forzar. J. Cmominas, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Gredos, 1996.

14. Sin embargo, hay que decirlo, la Ley no garantiza todo. Esa Ley creada para proteger al hombre, la cultura misma, se vuelve contra él, lo somete, le crea malestar, se convierte en su verdugo, exigiéndole de manera insaciable más y más renuncias pulsionales y sacrificios. La Ley asumida en forma subjetiva constituye el superyó y sabemos de su ferocidad y del goce masoquista que impone. “El desarreglo es consustancial a toda ley, núcleo incomprendido y desregulante, falla estructural incurable que solo es posible soportar con calmantes”. M. Gerez-Ambertin, *Las voces del superyó*, Buenos Aires, Editorial Manantial, 1993, pág. 114. Empero, a pesar de su quiebre, la ley regula. Es ésta la paradoja de la Ley.

15. *Ibid*, nota 14, pág. 116.

hombres, más aún, aquello que hace viable lo humano. A las divinidades se les da muerte y efectivamente muchos dioses han dejado de existir; los hombres también mueren, pero su cultura, sus leyes, su lenguaje y su escritura se hacen perennes y es esta trascendencia la que marca la sacralidad.

Ese vínculo nos lleva de nuevo por la vía del inconsciente. Lo sagrado también es cifrado, hay algo de misterioso, incomprensible y escrupuloso allí porque en él algo se escapa a la nominación, se hace irrepresentable y eso es justamente el deseo inconsciente¹⁶. El inconsciente también necesita de la creencia, de esa creencia sagrada para mantener la fuerza de la represión, pues “lo que aparece en la ficción religiosa es la misma cosa que hay en el inconsciente, pero invertido”¹⁷. Pues si la ley prohíbe el incesto, el deseo inconsciente es incestuoso; si prohíbe el asesinato, el deseo inconsciente es matar. Por otra parte, “lo que le permite al lazo social construirse es que el lazo social fue primero un lazo religioso. [...] En la etimología misma de religión se halla *religare*¹⁸ en latín: lo que reúne a los hombres entre sí”¹⁹. Podría decirse que a los hombres los une un lazo sagrado en cuanto el misterio y el escrupulo están presentes, justamente porque el lazo social es producto de la represión²⁰.

Esa creencia, ante todo inconsciente, hace posible tener fe en el Otro que como dimensión simbólica se sitúa como tercero en las relaciones entre los hombres. El Otro “es el que sostiene la balanza entre dos”²¹, precede a los sujetos y a la vez los funda; constituye su inconsciente, quitándole razón a su razón. Al respecto, Safouan nos recuerda: “El sometimiento al Otro, exige entonces la creencia, descansa en un acto [...] que, empero, es radicalmente distinto [...] de todo acto de voluntad. [...] Alguien puede creer que una u otra ley, legal moral o religiosa, es buena y justa. Puede dar razones a su creencia. Pero hay un límite para las razones que está en condiciones de dar. La razón de las razones no sólo se nos escapa sino que también se le escapa. Es importante señalar que eso marca la incapacidad de la concepción llamada *intersubjetiva* de las relaciones humanas para dar una solución al problema del Tercero, por no decir que impide esa solución [...] Entonces, la razón de sus razones escapa al sujeto, y eso necesariamente: porque habla de un punto desde donde se abre para él el campo de su conciencia o de su saber, pero no puede ver al mismo tiempo el punto desde donde habla: ahí está librado al inconsciente. Dicho de otro modo, no puede dar sus razones y al mismo tiempo garantizar que son todas sus razones [...] Por eso invocamos a los dioses como testigos de nuestra buena fe”²².

16. Gérard Pommier, *op. cit.*

17. *Ibid.*, pág. 128.

18. La etimología latina de religión es estrictamente *religio*, *religi-onis* que significa conciencia escrupulosa, pero por contigüidad y asociación se ha ligado a *religo* cuya significación es atar, sujetar, amarrar, ligar.

19. Gérard Pommier, *op. cit.*, pág.128.

20. Represión del deseo sexual a la madre y del asesinato del padre, actualizados éstos en cada sujeto. De la misma forma se plantea el origen de los colectivos.

21. Moustapha Safouan, *La palabra o la muerte*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1994, pág. 10.

22. *Ibid.*, págs. 148 a 149.

Si la fe en el Otro, a pesar de su engaño²³, se resquebraja, el poder de la palabra que instituye la violencia simbólica se pierde, dejándose de creer en la Ley, en la operancia de las instituciones y en la palabra del semejante. En este punto una sociedad se hace inviable²⁴.

“Ninguna sociedad ni ninguna transmisión son posibles allí donde las palabras²⁵ no tienen en principio una fuerza litigante y donde nadie les da crédito”²⁶. En una sociedad se hace posible la regulación y la transmisión de la Ley, es decir, la circulación del Otro, cuando quien habla y quien escucha cree verdadera la palabra y, de nuevo insisto, a pesar de la dimensión engañosa que ella porta²⁷.

Acallada la palabra entre los hombres, se privilegia su aniquilamiento. “O la palabra o la muerte”²⁸. Y la palabra se hace factible cuando el orden simbólico opera, y ya señalé que en su instauración ha mediado el acto violento que se hace indispensable en tanto esa violencia crea y con su acto permite la circulación de un orden pacificante. Es *la violencia simbólica* que a través de un acto de muerte afirma la vida.

El acto violento que crea cultura y escritura, así como leyes e ideales, es un acto creador por cuanto el florecimiento de algo nuevo implica aniquilar el orden anterior, exige separarse o dejar atrás lo preexistente; en esas nuevas creaciones el viejo orden hace presencia al ser representado en la producción naciente, pero ahora en forma reprimida. Esas producciones son actos sublimatorios generados por la culpa del crimen cometido.

Al hablar de la cultura, de la Ley y de la violencia instaurada en ellas, me remonto a sus orígenes, a su función e imposición, pero hablo a la vez de algo vivo y actual, no sólo por su carácter perenne, sino porque en cada acto de creación humana, cada vez que un sujeto se constituye y surge, en el momento en que una sublimación se produce, allí se reedita esa muerte originaria, se hace presente la violencia simbólica. El inconsciente, que es repetición, aparece como acto con el montaje simultáneo e intrincado de las pulsiones de muerte y de vida.

Al introducir las dimensiones de la culpa y la creación en este análisis, sitúo el estatuto subjetivo. “En la culpabilidad pueden distinguirse dos caras, una relacionada con la necesidad de castigo superyoico²⁹, la otra como el resorte de una necesidad ética [...] esta segunda cara viene a pacificar la agresividad y hace ingresar al sujeto ético, es decir, al sujeto que [...] neutraliza el conflicto inscrito en toda situación de rivalidad entre los hermanos”³⁰.

23. En el Otro, en la Ley, hay engaño. Su arbitrariedad y las vicisitudes de su función producen el engaño, pues el Otro (cultura, ley, lenguaje) nace para pacificar y proteger al ser humano pero no logra totalmente su encargo. La falla se instaura en él; además impone ideales sublimes imposibles de cumplir por los miembros de la cultura, constituyéndose en fuente generadora de culpa. Y aquí es indispensable distinguir engaño de mentira. Aunque pueden ser sinónimos en ciertos sentidos, acá se privilegia el señalamiento del engaño como algo ilusorio que al proponerse expresa un deseo y una finalidad, pero parte de su propuesta se queda en el campo de la ilusión porque no logra totalmente su cometido.

24. Este punto se hace más crítico a partir de la muerte de las deidades. Cuando se cree que las leyes, la autoridad y en general la cultura vienen del dios, la creencia y la fe en éstas se hace más sostenible; es el dios quien sitúa el punto de certeza. Cuando se reconoce a las leyes, al Otro, producto de los hombres, su fundamento se resquebraja y se hacen más falibles y cuestionables. Algunos filósofos (ver Habermas), sitúan ese punto de certeza perdido, en el poder del consenso y del diálogo. Tal vez otros elementos entran en juego para sostener la creencia y la fe en ese tercero, en su ley y en su palabra, como la dignidad y la justicia de quien la representa, así como las posibilidades de identificación que éste puede brindar.

25. Y podría decir, la escritura.

26. Moustapha Safouan, *op. cit.*, págs. 149 a 150.

27. Y se cree verdadera cuando ésta, la palabra, va acompañada de actos de cumplimiento, de justicia y protección.

28. Expresión de Moustapha Safouan, recordando un decir de Lacan que lo lleva a realizar una reflexión que condensa en el libro que lleva ese mismo nombre: *La palabra o la muerte, op. cit.*

29. Con la consiguiente división subjetiva que esto implica.

30. H. Gallo, *Agresividad y violencia*, texto inédito.

La primacía de la rivalidad

El sujeto se apropia del orden simbólico gracias a su estructuración edípica, operando en él la identificación secundaria o simbólica. Con esta identificación se transforma el orden en el que impera la rivalidad hacia el otro, el deseo de destrucción y de aniquilamiento, surgidos de la identificación primordial, imaginaria y de la agresividad constitutiva; orden que organiza la violencia propia de la relación narcisista, designada *violencia imaginaria*. A partir de ahí, el Otro y el semejante cuentan para él, aparecen los límites frente al otro y se acepta su diferencia, se hace posible la solidaridad con el otro, puesto que el límite introduce la impotencia propia y la del prójimo. El Otro simbólico, entonces, toma su pleno sentido y se incorpora, se hace íntimo al sujeto.

Cuando señalo que el orden se transforma, es necesario aclarar que el orden primigenio no desaparece, hace presencia cada vez que lo simbólico no opera, que el Otro pierde consistencia o cuando hay una afrenta narcisista, cuando el sujeto es expuesto a una situación de injuria o de injusticia, cuando se exagera la condición paranoica que está en la base de la **relación entre los hombres**.

Pues la violencia antecede y no sólo en la **relación con el ascendiente**; también se establece en la rivalidad con el hermano, y de ello también dan cuenta los mitos creadores de las relaciones entre los hombres³¹. De nuevo reconocemos cómo los mitos registran eso consustancial al hombre, en este caso en referencia al odio y la rivalidad como primigenios, anteponiéndose o estorbando en todo acto humano. La rivalidad con el hermano se sitúa en el plano dual de la relación imaginaria y mortífera, relación además referida de algún modo al padre, al Otro, a ese tercero por el cual se lucha en aras del reconocimiento, del amor o del prestigio.

La relación con el padre, con la madre y sus representantes, así como la **relación con el hermano**, sin dejar de lado la que se establece con la pareja y con los hijos, es decir, los diversos tipos de lazo entre los semejantes, **está signada por la violencia**. Se enseña la agresividad con los seres más próximos porque es en ellos que el peligro se encarna, que la desilusión se concreta o que la complacencia se niega. El otro, el semejante, se torna peligroso en tanto puede **derrocar al sujeto** de su lugar, tener mejores prebendas o arrebatarle su don preciado, su poder o sabiduría, su fuerza o el amor del Otro. Se evidencia acá ese carácter **paranoico del narcisismo**, presente en el encuentro entre los hombres.

El narcisismo implica al yo y su constitución **no es pacífica**; el yo es insaciable en su demanda de amor, de bienes o privilegios. **Bajo su criterio** siempre habrá injusticia

31. Ver el pasaje bíblico sobre Caín y Abel en el *Génesis*. También está presente en los mitos griegos (Peleo), romanos (Rómulo y Remo), de los ticuna, muiscas, etc.

hacia él. Por eso se habla de tensión narcisista cuando nos referimos al yo en su dimensión estructural, y de igual modo a las colectividades, porque entre éstas y aquél hay continuidad: el narcisismo prima, se crean segregaciones que constituyen una amenaza para aquel que es distinto; el diferente se hace intolerable. En la rivalidad con el semejante se pone en escena la agresividad, el odio, que junto con el amor, son las características esenciales del narcisismo.

En el registro imaginario, que es el mismo registro narcisista, la imagen del otro sostiene la imagen propia; los deseos del otro son los deseos propios. Surge el deseo de apoderamiento del otro, de expropiación de sus dones y de sus bienes; hierve la envidia cuando no se tiene aquello que le da prestigio al hermano, eso de lo que él goza; también pululan los celos ante el amor y el reconocimiento de un tercero al semejante. Es ésta una relación cuya lógica es totalitaria y de exclusión, donde lo mortífero y lo canibalista imperan. La diferencia no es tolerable porque expone a la propia castración, ya sea por no tener lo que el otro tiene o porque el semejante no tiene lo que el yo tiene. Quien no es igual al otro, o quien no es uno con el otro, es indigno, no merece la admiración ni tampoco la compasión, es decir, no merece ser reconocido y si lo es, es para el propio usufructo. Sólo el Uno es posible pues lo exterior, lo diferente, al tornarse peligroso debe ser aniquilado.

El amor en algo atenúa esta situación, pero éste, en su dimensión dual, no dista mucho del odio en su relación con el semejante, por ser eminentemente narcisista. Sin embargo, hay que decirlo, la experiencia subjetiva es diferente. El amor al otro apacigua, pero no ocurre así cuando ese amor no es correspondido, no es devuelto de alguna manera al sujeto. El yo aparece siendo un mendigo voraz de amor.

La dimensión imaginaria, desligada de la dimensión simbólica, en las relaciones entre los hombres, es terrorífica. Por eso la dimensión simbólica, que implica la intervención de un tercero, es pacificante. La Ley y el Lenguaje, la Cultura, con todas sus creaciones, vienen a regular esa agresividad y esa tendencia mortífera, conceptualizada por Freud como pulsión de muerte, aquella que precede e insiste, que retorna y busca destruir o dañar el orden vital. En ese intento de sofocarla, cuando bien se logra, apenas se la puede mantener a raya.

Las letras de la violencia en Colombia

En Colombia, desde muchos lugares, se escribe a diario la violencia; se marcan los pueblos y los individuos, se rompen sus existencias, se despedazan los cuerpos. Es



Gustave Doré

un aspecto de la dimensión real de la violencia, constituyéndose como goce el dolor de unos, la complacencia de otros. Ante todo, esas letras hablan de un desenfreno de la violencia imaginaria, del horror de la muerte en lo real, de la crueldad de la masacre, de la sevicia de los actos³².

Son huellas que hablan de la ferocidad de la guerra en la que muchos de sus actores participan sin que la hayan declarado; sólo que aquella los sobrecoge. Son trazas de una guerra irregular por su permanencia en el tiempo, por la ausencia o confusión de leyes (pues toda guerra tiene sus modos explícitos de regulación) y por la opacidad de los múltiples bandos. Guerra que con sus actos dice señalar la lógica sanguinaria de las guerras fratricidas, reconocidas como las más crueles a razón de la inoperancia y desconocimiento de la Ley, del Padre, de la puesta en juego del narcisismo y de sus abigarradas acciones.

La ley propia se impone desde las diversas agrupaciones, incluyéndose en esta dinámica a las organizaciones que de manera oficial representan al Estado. En forma no explícita pero sí advertida, cada grupo va inscribiendo los nuevos mandatos, va imprimiendo tajantes prohibiciones.

Surge así la ley del más fuerte, del más poderoso, detentando mayor poder el que más sangre de su adversario derrame, más número de bajas propine, más cuerpos o cabezas haga caer o más dedos cercenados obtenga³³. El trofeo es la muerte de los señalados como enemigos o quizá solamente sospechosos; el triunfo son las voces silenciadas de los pobladores, el terror establecido.

Aparece junto a la fortaleza de la propia ley, el poder del arma. Como prolongación del cuerpo, el arma lo potencia. Realiza aquello que éste en su precariedad no logra. Se impone la ley con el arma, se obtiene el orden requerido desde la perspectiva de quien la porta, ya por aniquilar a quien disiente o por amedrentar al osado. Con el arma se consigue también el respeto y el reconocimiento al comunicar valentía, un respeto basado primordialmente en la sumisión y en el temor en que queda colocado el semejante.

Otra ley que surge de esa violencia es la ley del silencio. No sólo se acallan las voces con la muerte de quienes se atreven a disentir, de aquellos que tienen el coraje de la denuncia o de la investigación, de quienes expresan posiciones o desacuerdos; también la palabra se hace peligrosa y asimismo el pensamiento, imperando el miedo y el terror. Desde esta perspectiva el desconocimiento es el mejor aliado, también la idiotez o la locura, *hacerse el bobo o el loco* a pesar de las evidencias; se impone no ver, no saber, no pensar, no expresar ningún indicio que lo haga sospechoso, es decir, no ser

32. Me referiré particularmente a la violencia política, reconociendo la característica que han señalado los estudiosos de la violencia en Colombia: su presentación en diversos ámbitos y escenarios, señalándose a la vez diversas formas y múltiples actores, particularidad en cada región, etc. Esta complejidad conlleva la exigencia de hablar de *las violencias*.

33. En ciertas masacres o en algunos enfrentamientos armados se ha hecho común que los grupos o personajes, para contabilizar sus éxitos logrados, ubicados en las muertes propiciadas, cuenten las cabezas o los dedos que se han separado de los cuerpos; realizados a propósito, como acto de mayor envilecimiento a la víctima (M. V. Uribe, *Matar, rematar y contramatar*). En este mismo texto, la autora señala diferentes formas de deshumanización del enemigo a través de cortes tales como el de franela, corbata, florero, destripamiento y dislocación de las partes. Este estudio lo refiere analizando principalmente las masacres efectuadas en el período llamado *de la violencia* de mediados de siglo, en nuestro país.

sujeto. Sin embargo, cualquier señal de diferencia, de extranjería, de desacuerdo, se hace motivo certero para la condena; así operan las masacres, los ajusticiamientos, las limpiezas, sin importar el bando al que se pertenece. En la política del terror, el sujeto es expropiado de su lugar. Allí algunos encontrarán un lugar como objeto y para otros ni siquiera eso será posible.

La palabra no sólo se hace peligrosa, sino que se torna inválida. Junto con la ley pierden su eficacia, no operan como posibles interventoras en los pactos, no hay credibilidad en ellas ni en quienes las profieren; son violadas y pierden su función reguladora y protectora. La ley en su dimensión ordenadora se toma entonces por cuenta propia, imperando aquí también las armas como garantía de la defensa. En tanto el poder del derecho, el poder de la comunidad desaparece, es reemplazado por el poder o fuerza del individuo, amparada ésta, como ya señalé, en el arma. Son entonces la venganza, la revancha o la represalia las que dominan. Sabido es que a través de la venganza, la estela de muerte es imparabile.

En esa constelación de la violencia, dos figuras cohabitan indiscutiblemente; éstas son la corrupción y la impunidad, ya como causa, ya como efecto. Se establecen ellas al amparo de la ley inoperante, de la incredulidad del Otro.

Otras escrituras aparecen sobre la violencia. Aquellas que la condenan, que señalan a los dolientes que la viven en su carne, que lloran a los ausentes o a sus muertos, que sufren por el desaparecido con la seguridad de la muerte ejecutada; cadáveres insépticos que se encuentran en el olvido, algunos porque sus aterrorizados familiares no se atreven a reclamarlos, seguros de que ese acto acarreará su propia muerte, y otros por sus infructuosas búsquedas.

Haciéndole el quite a la violencia, se lee también en los actos que la deletrean el derrumbe de poblaciones e individuos que prefieren dejarlo todo, perder lo suyo, no solamente a sus deudos, sino también a sus bienes materiales, sus ancestros y raíces imaginarias y simbólicas. Son los desplazados, que huyendo de la violencia pierden su identidad y hasta aquello que les es más propio, su propio nombre. Limando el peligro prefieren la clandestinidad, el anonimato, el desarraigo.

Otras letras tienen que ver con el clamor solidario de quienes no han sido tocados directamente por la violencia, pero sí la han sentido como algo que les atañe o que los cerca. Se sitúa allí todo acto que en su realización y devenir aboga en su horizonte por la paz, operando desde el campo simbólico. Unos discursos ilusorios, otros esperanzadores, otros más realistas y algunos que en su ideal pleno de lograr



Gustave Doré

una paz sin límites, desconocen el conflicto como característica esencial de las relaciones entre los hombres.

También literalmente algunos escriben sobre la violencia. Muchos textos han proliferado en este camino, algunos buscando ordenarla o clasificarla, narrar vivencias o crónicas sobre situaciones experimentadas; existen algunos de penetrantes análisis y otros que, buscando transformarla, la han convertido en poema o en ficción. Todos ellos ponen palabras a esos actos que en lo real marcan, dañan vidas, mutilan existencias, expropian bienes, silencian poblaciones engendrando miedo, horror y muerte. Las letras y los textos acompañan los actos.

¿Qué pasa con el orden simbólico en Colombia?

¿Por qué a lo largo de su historia, y de modo más intenso desde la segunda mitad del siglo XX, no ha podido establecerse de manera eficaz el Otro en Colombia? ¿Qué hace difícil su circulación, su intercambio y su operancia?

Siguiendo la pista a análisis históricos que buscan indagar la violencia de manera estructural, se sitúan algunos pilares fundamentales que de manera insistente atraviesan las diversas épocas y las múltiples violencias. Ellos son:

- *La ilegitimidad.* Del Estado y del pueblo. Al Estado se le ha despojado de su regulación social, haciéndose ilegítima su intervención, pues ésta ha sido controlada ante todo por los grupos que poseen el poderío económico. La regulación de las leyes se hace a su antojo y la intervención estatal aparece peligrosa porque limita su ambición, al igual que sus privilegios. La ley así instituída se aplica para conservar y mejorar sus ventajas. Se desechan las leyes que limitan, o se les busca el quiebre. La ley se exige ante todo para el pueblo, quien tampoco las reconoce suyas y las soslaya al no verse representado en ellas o al saber de la violación flagrante de los otros. A su vez, en su carácter de desposeído, el pueblo se hace ilegítimo, reconociéndosele principalmente para el usufructo de quienes detentan el poder y los bienes.
- *La exclusión y la expropiación de grandes sectores poblacionales* son puntos que retornan. Éstas producen una división radical de la sociedad, que torna caduca y sin sentido la representación de una unidad simbólica en lo social y disuelve el vínculo social entre las diversas clases. Pécaut nos dice: “Entre unos y otros no hay una relación de oposición, hay una no-relación. El pueblo ha estado impedido de ser sujeto político”³⁴. Al parecer, según este autor, sobre esta llaga puso el dedo Gaitán,

34. Citado en G. Sánchez y R. Peñaranda (compiladores), *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, Santafé de Bogotá, Cerec, 1995, pág. 270.

considerándolo el líder que puso nombre a esa ausencia, constituyéndose en el primer eslabón de la cadena de los líderes que han hablado por el pueblo y para el pueblo. Se reconoce exclusión y expropiación de los bienes, entre ellos, principalmente de la palabra y de la tierra.

- *Orfandad por el silenciamiento de los líderes.* Diversos movimientos populares y revolucionarios se han conformado y sucedido, buscando otorgar palabra, poder y representación a la población excluida y negada. Todos ellos, uno a uno, han caído; sus vidas han sido segadas en el fragor de sus discursos, en beligerancia de sus luchas, pues muchos han elegido para este cometido la vía armada; pero también otros que han privilegiado el camino de la palabra, han sido acallados por la muerte.

La expropiación y la ilegitimidad parecen conjurarse con actos de violencia, acciones incendiarias y mortíferas tienden a recuperar lo negado, a asegurar el reconocimiento. Muchos, en sus excesos, pierden su lugar de héroes haciéndose a la vez ilegítimos e injustos. De otro lado, los líderes elegidos oficialmente también se hacen indignos; su corrupción o injusticia, el ejercicio de la violencia o los excesos, aniquilan la esperanza en ellos colocada.

¿Cómo podrá lograrse la creencia en el Otro, si éste ha sido tan poco consistente? ¿Cómo tener fe en la ley cuando sus representantes han dejado de ser eso, solamente representantes, para pasar a constituirse en la Ley misma? ¿Cómo instituir al Otro si en su función reguladora y protectora ha sido tan precario? La orfandad es entonces del Otro, de ese tercero que se hace garante entre dos y sin su instauración, ¿por qué sorprendernos de la violencia desbordada, de lo incontrolable de la violencia desatada entre hermanos?

La violencia simbólica, en su debilitamiento, da paso a la violencia imaginaria. El arma reemplaza a la ley e impone el orden que la palabra y la ley escrita, en tanto han quedado impotentes, no logran. La potencia se sitúa entonces en el arma que como objeto fálico produce la ilusión de poder, por su poder de aniquilar al semejante, de dejarlo inerme, sin voz y sin lugar.

El Otro en Colombia ha perdido su crédito; de su sacralidad y trascendencia poco ha quedado. No ha tenido lugar en la repartición justa de aquello tan real que es el objeto, objetos de goce por los cuales el ser humano se juega la vida: la tierra, el alimento... también el arma entra en esa cadena intercambiable.

Empero, la vida arrecia, también ella insiste y aún muchos creemos en el Otro, en las palabras y en las letras. Es ésta la razón por la que continuamos produciendo textos y encuentros como éste.

Bibliografía

- CHEVALIER, J. Y A. GHEERBRANT, *Diccionario de los símbolos*, Barcelona, Herder, 1965.
- CMOMINAS, J., *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Gredos, 1996.
- FREUD, S., “El malestar en la cultura”, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, tomo 21, 1976.
- , “Totem y tabú”, en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, tomo 13, 1976.
- GALLO, H., *Agresividad y violencia*, texto inédito.
- GARCÍA-PELAYO Y GROSS, R., *Pequeño Larousse ilustrado*, Madrid, Ediciones Larousse, 1994.
- GEREZ-AMBERTIN, M., *Las voces del superyó*, Buenos Aires, Editorial Manantial, 1993.
- LACAN, J., *El seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1988.
- , “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, en *Escritos 1*, México, Siglo XXI Editores, 1984.
- POMMIER, G., “Nacimiento y renacimiento de la escritura”, en *En qué sentido el psicoanálisis es revolucionario*, Santafé de Bogotá, Aldabón, 1997.
- SAFOUAN, M., *La palabra o la muerte*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1994.
- Sagrada Biblia*, Madrid, Biblioteca de autores cristianos, 1965.
- SÁNCHEZ, G. y R. PEÑARANDA (compiladores), *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, Santafé de Bogotá, Cerec, 1995.
- URIBE, M. V., *Matar, rematar y contramatar*



Composición caligráfica en estilo Jeli Diwani de Hachem, 1957